

Es signo y da destino...

... ..

*... tu palabra en agua cae, cae a las frentes,
y al empapar los funde.*

*León, tu nombre aclara. Mitad sangre violenta,
junto a nombre de pueblo;
mitad íntimo y solo...*

Claridad a los ojos, a la vida...

(OC, p. 1140.)

Voz hervidora, sangre hirviente, el drama de un poeta que quiso romper sus íntimas soledades (y su apacible estancia en México, allí donde ahora reposa) para hallarse junto a su pueblo, indefenso y, pese a todo, esperanzado. Voz herida y unificadores latidos de la patria popular, 1936-1939, el árbol que se arranca de cuajo, el poema que denuncia y chilla y coraza defensiva quisiera ser para proteger al pueblo de España, lo peregrino y lo arraigado, León Felipe en plasticidad emocionante de la voz rabiosa que por todos cantaba. La sangre en lluvia, el dolor de oscuros y claros manantiales, el chorrear sangre a lo largo y a lo ancho de la biografía de España. León Felipe, en exilio y caminante, poeta evocado con las imágenes de la tristeza oculta. Herencia de sombras, empapándose el pueblo en las palabras del poeta, nombre de pila aclarador de acciones, esa mitad empuje y contienda y esa mitad de horas solitarias y desgarradoras. En la tormenta, la poesía-trueno. Una semblanza acogida en «poemas varios» y no en libros de coherencia recordada.

¿Es que Aleixandre iba a dejar en el tintero a la vieja amistad albertiana? Arrancábase de la garganta el grito. Ecos, encuentros, conversaciones, reuniones, homenajes a este o a aquel amigo, años cuya fertilidad era extraordinariamente animadora, el célebre 1927 y sus intermediaciones generacionales de poesía, nunca cesó la presencia, recordar y escribir, la trayectoria de la creatividad, ofrecimiento suave y asimismo elegíaco de la amistad. De toda la síntesis aleixandriana y siempre emanaba la estampa de la mar y de la patria chica, la sangre común y añorada de Andalucía, pregones de sal y sol en antiguas temporadas del vivir allí, épocas nunca rancias, nunca añejas, palabras vivas y grata morada, estampas conflictivas a fuerza de sentimientos, estrofas corales, de solidaria mirada y de convergentes respiraciones al unísono de los niveles populares de la esperanza. Años en palabras romanceras, lo mismo en Rafael que en Vicente, el pueblo con sus redes comprensivas y enhiestas, sensibles estrofas de un canto a ratos desesperado, Alberti y Aleixandre caminando y comunicando por las vegas de la sed y del ansia, la

poesía que busca y halla las duras realidades de la libertad compartida. Todo era fuego, había que soñarlo aún más. Tú, yo, y los demás. Mucha sangre, mucha tierra, mucha agrupación popular. Es vivir poéticamente llevando a hombros el tiempo de todos, y tal enfoque se recoge en coloquiales susurros que ambicionaban ser pájaros; el retrato no podía ser anónimo, llevaba la firma de claridades vividas, madurez de años nunca agrietados pese a la separación en el tiempo y en la distancia. Insistencia que en la obra alexandriana ha ido expresándose en tres ocasiones: en 1958-1965, *Retratos con nombre* (poema: «Allende el mar: Rafael Alberti»); en 1954-1958, *Los encuentros* (prosa: «Rafael Alberti, pintor»), y en 1963, *Evocaciones y pareceres* (prosa: «Dos lecturas de Rafael Alberti»). Obsérvese la irregularidad en las fechas, pero me he conformado con el orden dado por el poeta en sus *Obras completas*. Forman trama apretada los recuerdos de la primera juventud, de la plenitud juvenil, y también de madurez. Rebosando siempre esa nostalgia de lo andaluz, ya que Madrid era el epicentro de la creatividad de ambos poetas. Lo que resalta es la continuidad, aunque no pueda sorprender a nadie: la amistad generacional de los poetas del 27 es un hecho de gran relieve, y ya lo puso de manifiesto Jorge Guillén, lo de «comunidad de amigos», o la homogeneidad inextinguible en tantas voces de variada personalidad: «nosotros: el grupo de poetas que, con los rasgos de una generación, vivió y escribió en España entre 1920 y 1936» (20). Huellas que forzosamente tenía que recordar y proclamar la memoria alexandriana al referirse al poeta gaditano, a Rafael Alberti. Voy a entresacar algunas citas, pero teniendo en cuenta el orden cronológico. Así, de lo escrito en 1954-1958, en la prosa de *Los encuentros*:

«Vestía aquella tarde —Ateneo de Madrid, primavera de 1922— un traje oscuro, un cuello alto... Pero ¿era desconocido realmente? Para mí, no del todo. Aquella misma tarde me lo presentaron: "Rafael Alberti, pintor"... Pasó un verano, pasaron dos... ¿Cuántos pasaron?... ¡Qué quince años siguieron! ... Y el Rafael de los veinte años, ... se sonríe, mira hacia el mar y ve al otro Rafael maduro que a la orilla del Plata, entre versos y lienzos... pinta a la luz de un sol invisible, que está rielando por las playas de Cádiz» (*OC*, página 1215).

Del texto escrito en 1952-1964, prosa de lecturas, vuelve a reverdecer la amistad precisa y precisada: «Rafael había publicado un año antes su *Marinero en tierra*. "Traigo versos", dijo al llegar...

(20) Cfr. *Lenguaje y poesía* (Alianza, Madrid, 1961), pp. 181-197.

¿Rafael recitaba con garbo? Habría que decir: con ángel... Bastantes años después, Rafael recitaba de nuevo versos... Versos de metro corto, octosílabos golpeantes, acuciadores, restalladores como relámpagos en la sombra de los alientos. Múltiples pechos, allá en lo oscuro, respiraban la única luz» (OC, pp. 1611-1614).

Del poema escrito en 1958-1965, con la dolorosa serenidad aleixandriana en su casa madrileña, y con el exilio prolongado de Alberti, al otro lado del gran charco:

*Fue primero aquel niño...
¿Te acuerdas? Ibas siempre...
Te vi más tarde, joven...
.....
Después la luz o sangre, el viento, el trueno,
los muertos. Rafael, tú los miraste,
voz de los muertos, vida o tierra espúrea,
y al fondo el mar...
Y ahora, amigo continuo, te oigo cerca.
La mar nos une. Una sangre común late en la orilla...*

(OC, p. 985.)

Vivir entre luces y sombras, el caminar lento de España en su siglo XX, poesía con ese paisaje ante los ojos, la voz personificada aunque voz coral y en problemática de todos. Una época, una esperanza, una herida.

OTROS DERROTADOS

Ampliadas emociones, corazón que exige nombres y recuerdos, ahondamiento de las tensiones poemáticas, otros años, otros poetas, siempre la generosa amistad, sangre, mucha sangre derramada, 1936-39 encandilando a la memoria, otros poetas más jóvenes. La vida y la poesía y la muerte. Encuentros con la creatividad no mustia, sino activa. Páginas de inolvidable lectura. En poesía entusiasta, de cerca y de lejos con realismo, empañándose los ojos, dentro y fuera del dolor. Y como mensaje de los demás poetas de su tiempo generacional, dos poetas desaparecidos, que siguen siendo llama viva en la sensibilidad aleixandriana, Miguel Hernández y José Luis Hidalgo, punzantes heridas, tal como siempre le oí, tal como siempre me lo repite, y en prosa de patéticas resonancias nos queda lo escrito, vibra la poética de nuestro quehacer humano-poético. Lo persistente y dolorido, nunca se entierra a la esperanza. ¿Qué otro recurso le que-

daba a la voz del poeta entre llamas de tragedia? Lo absurdo hubiese sido el silencio: tenía que acordarse el poeta. Lo hizo.

*El dolor y su manto
vienen una vez más a nuestro encuentro.*

... ..
*¡Qué sencilla es la muerte: qué sencilla,
pero qué injustamente arrebatada!*

Así, vulnerablemente presente y prospectivo, había evocado Miguel Hernández la trágica y lamentable desaparición de Federico García Lorca. El poeta granadino, fuente y meta de lágrimas, amarga lección de injusticia para quienes gozaban una muerte cotidiana, día tras día. Miguel Hernández, con su juventud, y Vicente Aleixandre, con su madurez, han gozado esa muerte diaria. Acentuación de elegías recordadoras, intercambio de extrañas perspectivas de muerte. Los ojos abiertos de la penetración, luminosidad sin visillos que descorrer, sin telarañas. La amistad, la vida, la poesía. Entrañablemente se quisieron Vicente Aleixandre y Miguel Hernández. No se olvide la intensa manifestación miguelhernandiana, allá por los años 1934-1935, cuando en su quehacer poético dejaron ecos y hasta influencias las conversaciones y los textos de Neruda y de Aleixandre. Huella cuya lectura adquiere especial dedicación es la «Oda entre arena y piedra a Vicente Aleixandre», escrita borrascosamente y que iba a tener nueva ocasión de hondo vivir amistoso-poemático en la dedicatoria miguelhernandiana de *Viento del pueblo*, de 1937, cuyas frases iniciales copio:

«Vicente: A nosotros, que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres. Nosotros venimos brotando del manantial de las guitarras acogidas por el pueblo, y cada poeta que muere deja en manos de otro, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a nuestro corazón esparcido.»

Herencia y realidad, paz y guerra, vida y muerte, friso en centelleante patetismo, ininterrumpidamente. No podía Vicente Aleixandre olvidar aquellos años, aquel alud sencillo y espontáneo que se presentaba con una sonrisa o con un silbido, que irrumpía gozosamente con la naturalidad de su Orihuela. Semblanzas surgidas de la memoria malherida de Aleixandre. Todo es entregarse, al recordar el tiempo ido, «cualquiera tiempo pasado fue mejor», entregarse con dolor a aquella juventud del campo, a aquella fuerza poéticamente tan honda y tan impresionante, entrega apasionada a la sensibilidad pese a todo desgraciada del poeta-pastor y del poeta-poeta por los

cuatro costados. Prosa para recuerdos, se le describe, se le ausculta. Muchas cosas trabaron a ambos poetas, eso no se podía borrar, no se borra. Como aquel reloj que Aleixandre le regaló a Miguel con motivo de su boda, diciéndole que lo cuidase y se hiciese irrompible en su simbólica de amistad. O aquel saco de naranjas que, en días de guerra, Miguel le llevó desde Orihuela a Vicente, entonces enfermo, en espera de alimentos adecuados. Amor penetrante de la poesía, en ambos poetas, lo que con densidad y noble vuelo de libertad ardía en el corazón urbano aleixandriano y en el corazón pueblerino míquelhernandiano. Por eso, en la prosa memorialista de *Los encuentros* (1954-1958) y de *Nuevos encuentros* (1959-1967) figuran dos importantes emociones, una «evocación» y, asimismo, su «nombre y voz» (OC, p. 1245 y p. 1399, respectivamente). De tales páginas surge emocionadamente el recuerdo:

«Evocación: Lo recuerdo perfectamente, pero no tengo la carta, desaparecida como tantos otros papeles queridos. Era una cuartilla de papel basto... Y firmaba así, exactamente: Miguel Hernández, pastor de Orihuela. Desde esos días empezó a venir frecuentemente por casa... Yo le evoco en aquella primera temporada como una fuerza de primavera metida en la primavera... Miguel era más Miguel que nunca... El, rudo cuerpo, poseía la infinita delicadeza de los que tienen el alma no sólo vidente, sino benevolente. Su planta en la tierra no era la del árbol que da sombra y refresca. Porque su calidad humana podía más que todo su parentesco, tan hermoso, con la Naturaleza. Era confiado y no aguardaba daño. Creía en los hombres y esperaba en ellos...»

«Nombre y voz: En el rostro de Miguel brillaban claros los ojos... Este era Miguel... Este hombre, tan acendrado y tan justo, llegó por apuramiento y desnudez a su expresión representativa... Miguel Hernández. El agudo Miguel, punzante y horadador. El amplio y reposado Hernández de todos... Siempre me acuerdo de la estampa de Miguel en la época de la guerra española. Unas botas recias, un viejo pantalón pasado por tierra y agua. Una camisa caqui y, si hacía frío, un cuero. Nada sobre la cabeza... Hinchido pecho y voz de él. He oído a muchos poetas decir sus versos. Pocos me han dado esta sensación tan completa del hombre expresado en acto, desde la desnuda garganta.»

Hermosamente grabadas las escenas, la autenticidad en su sitio, en su temporalidad más interior, casi como el sonido horadador de música bachiana, palabra con nociones trepadoras como el ímpetu innovador de la hiedra, lo solidario que corretea por el pecho, el poeta